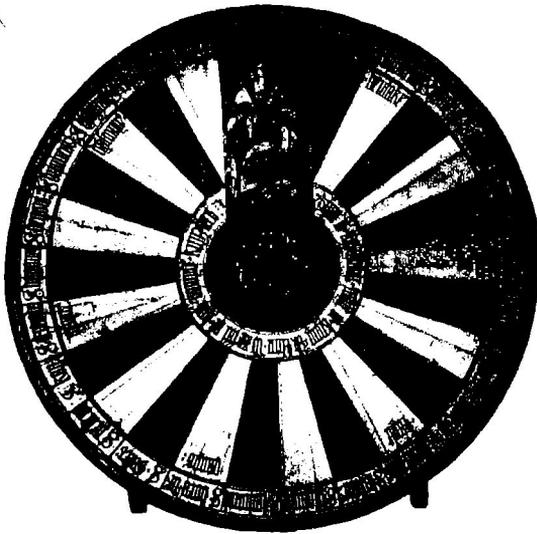


GEOFFREY DE MONMOUTH

**HISTORIA DE LOS REYES
DE BRITANIA**

Edición preparada por
LUIS ALBERTO DE CUENCA



EDICIONES SIRUELA
MADRID 1984

Título original: *Historia regum Britanniae*

Selección de lecturas medievales, 8

Colección dirigida por Jacobo F. J. Stuart

En portada, Tabla Redonda del rey Arturo, construida para Eduardo III en el siglo XIV, y pintada en 1522, por orden de Enrique VIII, con ocasión de la visita del emperador Carlos V.

**Fotomecánica: Clichés Pozuelo, S. A.
Fotocomposición: Artecomp, S. A.
Impresión: Unigraf, S. A.
Encuadernación: Perellón, S. A.
I.S.B.N.: 84-85876-14-8
Depósito Legal: M-41402-1985**

**© Editora Nacional. Madrid
© Para esta edición: Ediciones Siruela, S. A. Madrid 1984.
Plaza Manuel Becerra, 15. 28028 Madrid.
El Pabellón
Teléfono 245 57 20
*Printed and made in Spain***

CONTENIDO

Prólogo.....	XI
Nota bibliográfica.....	XVIII
Nota textual.....	XIX
HISTORIA DE LOS REYES DE BRITANIA	
<i>Prefacio y dedicatoria</i>	1
I. Descripción de Britania.....	3
II. Historia de Bruto.....	5
III. Los sucesores de Bruto hasta la llegada de César	
<i>De Locrino a Bladud</i>	24
<i>El rey Lear</i>	29
<i>Los sucesores de Lear</i>	34
<i>Belino y Brenio</i>	37
<i>De Gurgüint Barbtruc a Helí</i>	46
IV. La conquista romana	
<i>Julio César</i>	53
<i>Claudio</i>	64
<i>Lucio</i>	69
<i>Severo</i>	70
<i>Basiano, Carausio, Alecto y Asclepiodoto</i>	71

	<i>Constancio y Constantino</i>	75
	<i>Maximiano y Graciano</i>	78
V.	Los bárbaros	
	<i>Constantino y Constante: los Escotos y los Pictos</i>	87
	<i>Vortegirn: los Sajones</i>	96
	<i>Historia y profecías de Merlín</i>	106
VI.	Los grandes días de la historia de Britania	
	<i>Aurelio Ambrosio y Úter Pendragón</i>	123
	<i>Arturo</i>	145
VII.	La caída del imperio britano: los sucesores de Arturo	
	<i>De Constantino a Blederic, Margadud y Cadvano</i>	190
	<i>Cadvano y Cadvalón</i>	195
	<i>Cadvaladro, Ivor e Ini</i>	206

A Álvaro, que se llama también Arturo



Coronación de Arturo. Miniatura atribuida a Matthew Paris, siglo XIII. Biblioteca de Chetham, Manchester, Ms. 6712, col. 185.

PRÓLOGO

Galfridus Monemutensis nació c. 1100 en Monmouth (Gales), no lejos de Caerleon-on-Usk, donde tienen lugar las más famosas cortes de la *Historia regum Britanniae* («Historia de los reyes de Britania»). Su padre se llamaba Arturo, lo que resulta premonitorio. Su sangre era británica, sin duda, pero ignoramos si galesa o bretona. [Muchos bretones pasaron a Inglaterra a raíz de la conquista normanda (1066)] y es posible que los ascendientes de Geoffrey se contasen entre ellos y llegaran a Monmouth en el curso del avance normando hacia Gales del Sur. En 1075 la ciudad tenía un señor bretón, Winehoc, y un priorato benedictino con el que acaso nuestro cronista tuviera alguna conexión.

La primera noticia fidedigna que de él conservamos (1129) lo sitúa en Oxford, no en el Gwent, como enseñante y canónigo seglar del colegio de Saint George. Aunque todavía no había sido fundada su famosa universidad, Oxford era en la primera mitad del siglo XII una ciudad floreciente en el aspecto cultural. Pues bien, entre 1129, fecha en que Geoffrey figura como testigo en la carta fundacional de Osney Abbey, y 1152, encontramos su firma en seis cédulas diferentes relacionadas con fundaciones religiosas en o cerca de Oxford. En dos de esos documentos firma como *magister*, lo que revela su condición docente. El colegio de Saint George fue cedido en

1149 a Osney Abbey. La sexta cédula fue firmada a finales de 1151, pocos meses después de la muerte de Walter, archidiácono de Oxford, preboste del desaparecido colegio y gran amigo de Geoffrey. También formó parte del claustro de Saint George como canónigo Roberto de Chesney, que sería obispo de Lincoln a partir de 1148.

A comienzos de 1151, poco antes de morir Walter, Geoffrey fue nombrado obispo de Saint Asaph, en Gales del Norte. Un año después (febrero de 1152) sería ordenado sacerdote en Westminster y consagrado en Lambeth una semana más tarde por el arzobispo Teobaldo. No parece probable que visitara alguna vez su diócesis, pero no por desidia ni por negligencia culpable, sino porque su cargo era normando y el caudillo galés Owain Gwynedd se hallaba por aquel entonces en guerra contra los normandos, sobre los que había obtenido una resonante victoria en Coleshill (1150). Saint Asaph se encontraba dentro del territorio controlado por Gwynedd.

Las crónicas galesas registran que Geoffrey murió en 1155, probablemente en Oxford (acaso en Londres, pues a fines de 1153 es uno de los obispos que testifican en la carta de Westminster del rey Esteban, que preparaba la venida al trono de Enrique II Plantagenet).

Durante su estancia en Oxford, Geoffrey escribió en latín tres obras, o al menos son sólo tres obras las que han llegado hasta nosotros.

Completó la primera de ellas, unas *Prophetiae Merlini* («Profecías de Merlín»), antes de 1135. Dichas *Prophetiae* constituyeron en principio un libro exento, un *Libellus Merlini*, pero muy pronto se incorporaron a la *Historia regum Britanniae* (§106-§118). Geoffrey escribe las *Profecías* a petición de su superior eclesiástico, Alejandro, obispo de Lincoln, a quien dedica cumplidas alabanzas.

[Hacia 1136, en todo caso no antes de diciembre de 1135 (muerte de Enrique I Beauclerc) ni después de 1138 o 1139, completa Geoffrey la más importante de sus obras, la *Historia regum Britanniae*,] dedicada —junto con las *Profecías* a ella incorporadas— a Roberto, duque de Gloucester, hijo natural de Enrique I, y a Galerán, conde

de Meulan, hijo de Roberto de Beaumont (en un manuscrito de Berna aparecen como destinatarios del libro el rey Esteban y Roberto de Gloucester; Esteban, yerno de Guillermo el Conquistador, comenzó a reinar en 1138).

La *Vita Merlini* («Vida de Merlín») es la tercera y última obra de Geoffrey, un poema de 1.529 hexámetros terminado en 1148 o poco después. Va dedicada a Roberto de Chesney, colega de Geoffrey en el colegio oxonien- se de Saint George y sucesor de Alejandro en el obispado de Lincoln (1148-1167).

El propósito de Geoffrey al escribir la *Historia regum Britanniae* no es otro que trazar el devenir histórico de los britanos a lo largo de un período de mil novecientos años, desde Bruto, bisnieto del troyano Eneas (siglo XII a. C.) hasta su último rey, Cadvaladro (siglo VII d. C.).

Geoffrey asegura haberse limitado a traducir un libro en lengua británica que le proporcionó su amigo Walter, archidiácono de Oxford. El libro de Walter nunca existió. Geoffrey urdió esa ficción para prestar más autenticidad a su *Historia*. No hubo original galés ni bretón. La *Historia regum Britanniae* tiene fuentes, no fuente única. No es una traducción, sino una composición de elementos hábilmente ensamblados. Sus fuentes son, sobre todo, el *De excidio et conquestu Britanniae* de Gildas, la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* de Beda y la *Historia Britonum* atribuida a Nenio; pero también las crónicas de sus contemporáneos Guillermo de Malmesbury y Enrique de Huntingdon, diversas comunicaciones orales de Walter y de otros, el mundo clásico latino (Cicerón, Juvenal, Lucano, Apuleyo, Floro, Orosio, Estacio, Virgilio), la tradición bíblica y *last*, pero no *least*, las leyendas autóctonas y el folklore céltico. Fundiendo en un mismo crisol tan heterogéneo material, Geoffrey se nos revela como un auténtico profesional de las letras, como un *clericus* en el sentido medieval del término, como un escritor de talento que sabe dotar a su *Historia* de movilidad y de fuerza y que maneja con soltura los resortes del arte de narrar.

¿Cómo cautivó una historia de los britanos a una audiencia anglonormanda? La respuesta es sencilla: grande había de ser el mérito de un pueblo que logró conquistar la tierra que perteneciera a tan ilustres conquistadores. Además, Geoffrey concluye su *Historia* en el siglo VII, esto es, lo suficientemente lejos en el tiempo, cuando los britanos degeneraron en galeses (los reyes de Gales los confía a la pluma de su amigo Caradoc de Llancarfan). La *Historia* es, pues, antisajona pero pronormanda. Las virtudes que se alaban en sus personajes son las de los barones normandos: eficiencia, largueza, brutalidad, coraje. Los normandos son ahora dueños de un país cuyos caudillos Bruto, Belino y Brenio, y Arturo¹ sometieron a Francia, y, por tanto, encuentran en la *Historia* argumentos para defenderse de su condición de vasallos del rey de Francia como duques de Normandía. Además, la figura de Arturo, el mayor héroe de los britanos, presenta una imagen inequívocamente normanda.

Una quinta parte del libro está referida a Arturo, y es esta zona de la *Historia* la que justifica su impresionante éxito desde el siglo XII hasta el XX. Guillermo de Newburgh dirá irónicamente c. 1198 que Geoffrey escribe guiado por un desordenado amor a la mentira y por el deseo de agradar a los britanos. Bienvenido sea el amor a la mentira si viene acompañado de un rey como Arturo.

De Arturo se habló antes de Geoffrey, pero su fama estaba restringida a Gales, Irlanda, Cornualles y Bretaña, a la leyenda y al folklore. Hubo quizá un Arturo histórico que combatió a los invasores sajones c. 500. Los *Annales Cambriae* (siglo X) mencionan la fecha de 537 para la batalla de Camlann (*Kamblan* en la *Historia regum Britanniae*), «en la que Arturo y Medraut (*Mordred*) cayeron».

1. Son las cuatro personalidades dominantes en la *Historia regum Britanniae*. Nuestro cronista Juan Fernández de Heredia (c. 1310 - c. 1395) incluye a «Brutus, rey de Bretanya» y a «Bellin et Brenyo» entre los personajes de su *Gran Crónica de los Conqueridores* aún inédita (salvo algunos fragmentos, como las biografías de Carlomagno, Atila y Jaime I de Aragón). Todo indica que Heredia había leído a Geoffrey o, cuando menos, alguna de las numerosas recensiones posteriores de su *Historia*. Cf. B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, I, Madrid, 1947, p. 273.

Así, pues, Geoffrey convirtió a un personaje borroso del folclore británico en un deslumbrante monarca. Hizo de una fantasmagórica banda guerrera una corte feudal. La coronación de Arturo en Caerleon el día de Pentecostés, rodeado de sus barones, era el tipo de fiesta que los normandos conocían y admiraban, y, como los normandos, el resto de los pueblos del occidente europeo. Cuando Arturo se enfrenta a los aliados de Roma (Grecia y Partia, Egipto y Babilonia) no deja de enfrentarse, para los lectores normandos, con los enemigos de una raza que ha conquistado Inglaterra, triunfado en Sicilia y combatido al emperador de Bizancio y a las hordas del Islam. De héroe folklórico Arturo ha pasado a ser el rey aglutinador de los ideales no sólo de la nación normanda, sino de todo el mundo occidental. Cuando es herido mortalmente en Kamblan, es trasladado a la isla de Avalón para restablecerse de sus heridas. Y allí sigue, muerto y vivo a la vez, en la penumbra feérica de un lugar imposible. Los celtas de Britania todavía aguardan su regreso para liberar a su patria del dominio extranjero.

Cerca de doscientos manuscritos de la *Historia regum Britanniae* se nos han conservado, incluyendo unos cincuenta que presentan el texto completo y dos fragmentos del siglo XII. Pronto hubo versiones galesas del original latino. El normando Wace la tradujo al francés con el nombre de *Brut* en 1155, texto del que deriva el *Brut* inglés de Layamon. Los escritores franceses de la segunda mitad del siglo XII se impregnaron del espíritu de Geoffrey. Citaré los *Lais* de Marie de France² y los *romans courtois* de Chrétien de Troyes³, seguidos en el siglo XIII por la *Vulgata artúrica* en prosa, compuesta fundamentalmente de tres largas novelas⁴. En Ale-

2. Traducidos al español por Luis Alberto de Cuenca (Madrid, Editora Nacional, 1975).

3. Martín de Riquer tradujo al castellano su *Perceval* (Madrid, Espasa-Calpe, 1961); Carlos Alvar, Victoria Cirlot y Antoni Rossell, su *Erec y Enid* (Madrid, Editora Nacional, 1982); Carlos García Gual y Luis Alberto de Cuenca, su *Caballero de la Carreta* (Barcelona, Labor, 1976, y Madrid, Alianza, 1983); y Marie-José Lemarchand, su *Caballero del León* (Madrid, Siruela, 1984).

mania, Wolfram de Eschenbach produjo su espléndido *Parzival*, y Hartmann de Aue sus *Erec e Iwein*. Sin la *Historia* de Geoffrey tampoco hubieran sido escritas en Inglaterra dos obras formidables: *Sir Gawain and the Green Knight*⁵ (siglo XIV) y la *Morte d'Arthur* de Malory (siglo XV).

Holinshed se sirve generosamente de Geoffrey en sus *Chronicles*, surgiendo de ahí piezas como *The Tragedy of Ferrex and Porrex*, tragedia senequista de Sackville y Norton estrenada en 1562, o *El rey Lear* y *Cimbelino*, de William Shakespeare. Sin la *Historia regum Britanniae*, Lear no existiría. También utilizaron a Geoffrey autores de la categoría de Spenser, Milton (en su *History of Britain* de 1670), Wordsworth (*Artegall and Elidure*, 1820) y Tennyson. Sin Geoffrey no habría existido literatura ar-túrica.

La *editio princeps* de la *Historia* es parisiense, de 1508, por Ivo Cavellatus. En 1587, Jerome Commelin la editó en Heidelberg, siendo el primero en dividir el texto en doce libros, aunque no aportara gran novedad a la mediocre tarea filológica de Cavellatus. J. A. Giles volvió a editar la *Historia* en 1844 (Londres), siguiendo a Com-melin, y Schulz reprodujo el texto de Giles (Halle, 1854).

La primera edición crítica es la de Acton Griscom (Londres, 1929), con la tradicional división de la obra en doce libros. La segunda (París, 1929) se debe a Edmond Faral y ocupa gran parte del volumen III de su *Légende arthurienne*. En 1951, Jacob Hammer publicó una versión basada en cinco manuscritos tardíos que no siguen el texto habitual de la *Historia regum Britanniae*; por eso se la llama «variant version».

Un traductor moderno debe tener en cuenta las edi-ciones de Griscom y Faral. A mí me ha parecido más de-purado el texto que ofrece el estudioso francés, que no

4. La segunda, intitulada *La demanda del Santo Grial*, ha sido vertida a nuestra lengua por Carlos Alvar (Madrid, Editora Nacional, 1980); de la tercera, rotulada *La muerte del rey Arturo*, aparecieron en 1980 dos traducciones castellanas, una de Mathilde de Nève y Jacobo F. J. Stuart (Madrid, Siruela) y otra del citado Carlos Alvar (Madrid, Alianza).

5. Traducido por Francisco Torres Oliver (Madrid, Siruela, 1982).

divide en libros la *Historia*. Es el que ofrezco, en versión castellana, a continuación.

Sólo conozco traducciones inglesas de la *Historia regum Britanniae*. Thompson publicó la primera en 1718, sobre el texto de Commelin. Giles reimprimió la versión de Thompson en 1842 y 1885, convenientemente revisada. Sebastian Evans trasladó la *Historia* por vez primera en 1896, pasando a formar parte de la Everyman's Library en 1912; la traducción de Evans, que seguía el texto de Schulz, fue revisada y puesta al día por Charles Dunn en 1963. De 1966 data, por último, una cuidada versión de Lewis Thorpe, varias veces reimpresa.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Madrid, 29-XII-1983

NOTA BIBLIOGRÁFICA

- R. H. Fletcher, *Arthurian Material in the Chronicles*, Boston, 1906 (= Nueva York, 1958).
- W. Lewis Jones, *King Arthur in History and Legend*, Cambridge, 1911.
- E. K. Chambers, *Arthur of Britain*, Londres, 1927.
- Acton Griscom, ed., *The Historia Regum Britanniae of Geoffrey of Monmouth*, Londres-Nueva York, 1929.
- Edmond Faral, *La légende arthurienne. Études et documents*, Paris, 1929 (= 1969), tres volúmenes.
- J. E. Lloyd, «Geoffrey of Monmouth», *English Historical Review* LVII (1942), pp. 460-468.
- J. S. P. Tatlock, *The Legendary History of Britain: Geoffrey of Monmouth's Historia Regum Britanniae and its early vernacular versions*, Berkeley-Los Ángeles, 1950.
- Jacob Hammer, ed., *Geoffrey of Monmouth. Historia Regum Britanniae. A variant version edited from manuscripts*, Cambridge, Massachusetts, 1951.
- W. F. Schirmer, *Die frühen Darstellungen des Arthurstoffes*, Colonia-Opladen, 1958.
- John J. Parry y Robert A. Caldwell, «Geoffrey of Monmouth», *Arthurian Literature in the Middle Ages*, ed. Roger S. Loomis, Oxford, 1959 (= 1969), pp. 72-93.
- Geoffrey of Monmouth, *History of the Kings of Britain*. Translated by Sebastian Evans, revised by Charles W. Dunn. Introduction by Gwyn Jones. Londres, 1963 (Everyman's Library, n.º 577).
- Geoffrey of Monmouth, *The History of the Kings of Britain*. Translated with an Introduction by Lewis Thorpe, Harmondsworth, Middlesex, reimpr. 1982 (The Penguin Classics).
- Carlos García Gual, *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*, Madrid, 1983.

NOTA TEXTUAL

Me sirvo del texto fijado por Edmond Faral en el tomo III de su *Légende arthurienne*, París, 1929 (= 1969), pp. 71-303. Cuando explico en nota la naturaleza de algún antropónimo o topónimo, lo hago solamente la primera vez que aparece en el *corpus* de la obra. El *Índice de nombres propios* que he preparado para esta edición me absuelve de repeticiones inútiles. Mi versión es, que yo sepa, la primera castellana hasta la fecha, y la única traducción no inglesa del texto latino de la *Historia regum Britanniae* a cualquier lengua.

Agradezco a Carlos Alvar, Julia Barella, Fernando Canales, Emilio Fernández-Galiano y Carlos García Gual su amistad y el apoyo que me han prestado.

L. A. DE C.



El rey Arturo en la batalla. Arriba, a su izquierda, el estandarte con el dragón. Robert de Boron, *Historia del Grial*, B. N. P., Ms. fr. 95, f. 173v.

HISTORIA DE LOS REYES DE BRITANIA

(Prefacio y dedicatoria)

1. **A** menudo he pensado en los temas que podrían ser objeto de un libro, y, al decidirme por la historia de los reyes de Britania, me tenía maravillado no encontrar nada —aparte de la mención que de ellos hacen Gildas y Beda en sus luminosos tratados— acerca de los rellés que habían habitado en Britania antes de la encarnación de Cristo, ni tampoco acerca de Arturo y de los muchos otros que lo sucedieron después de la encarnación, y ello a pesar de que sus hazañas se hicieran dignas de alabanza eterna y fuesen celebradas, de memoria y por escrito, por muchos pueblos diferentes.
2. En estos pensamientos me encontraba cuando Walter, archidiácono de Oxford, hombre versado en el arte de la elocuencia y en las historias de otras naciones, me ofreció cierto libro antiquísimo en lengua británica que exponía, sin interrupción y por orden, y en una prosa muy cuidada, los hechos de todos los reyes britanos, desde Bruto, el primero de ellos, hasta Cadvaladro, hijo de Cadvalón. Y de este modo, a petición suya, pese a que nunca había yo cortado antes de ahora floridas palabras en jardincillos ajenos, satisfecho como estoy de mi rústico estilo y de mi propia pluma, me ocupé en trasladar aquel volumen a la lengua latina. Pues, si inundaba la obra de frases ampulosas, no lograría otra cosa que aburrir a mis lectores, al obligarlos a detenerse más en el significado de las palabras que en la comprensión de los objetivos de mi historia.

3. Protege tú, Roberto¹, duque de Gloucester, esta obrita mía a ti dedicada, para que así, bajo tu guía y tu consejo, pueda ser corregida y todos piensen, cuando se publique, que es la sal de tu Minerva quien la ha sazonado y que las correcciones no proceden de la mísera fuente de Geoffrey de Monmouth, sino de ti, a quien Enrique, ilustre rey de los Anglos, engendró, a quien Filosofía instruyó en las artes liberales, cuyas innatas virtudes militares te pusieron al frente de nuestros ejércitos; de ti, por quien ahora, en nuestros días, la isla de Britania se felicita, dándote su cariño cordial, como si fueras un segundo Enrique.
4. Tú también, Galerán², conde de Meulan, la otra columna de nuestro reino, concédeme tu ayuda para que, bajo la dirección compartida de ambos, la edición de mi libro ahora hecha pública brille con una luz más bella. Pues a ti, que naciste de la estirpe de aquel celeberrimo Carlomagno, te recibió en su gremio la madre Filosofía, te enseñó las sutilezas de sus ciencias y, después, para que te distinguieras en los ejercicios militares, te llevó a los campamentos de los reyes, donde, superando en valor a tus compañeros de armas, aprendiste a manifestarte como terror de tus enemigos y como protección de los tuyos, bajo los auspicios paternos. Siendo, por tanto, como eres, fiel protección de los tuyos, a mí, tu poeta, y a este libro, nacido para tu diversión, recíbenos bajo tu tutela para que, recostado a la sombra de un árbol tan frondoso, pueda yo hacer sonar la flauta de mi Musa con un ritmo seguro y firme, incluso en presencia de los envidiosos y de los malvados.

1. Hijo ilegítimo de Enrique I Beauclerc, rey de Inglaterra. Murió en 1147.

2. Hijo de Roberto de Beaumont, conde de Meulan. Nació en 1104 y murió en 1166.

DESCRIPCIÓN DE BRITANIA

5. Britania, la mejor de las islas, está situada en el Océano Occidental entre Galia e Hibernia³, y mide ochocientas millas de longitud y doscientas de anchura. Todo lo que es adecuado al uso de los mortales, Britania lo proporciona con infinita prodigalidad. Pues abunda en toda clase de metales, posee campos que se extienden por todas partes y laderas idóneas para los mejores cultivos, donde, debido a la fecundidad de la tierra, variadísimos frutos se recogen en las distintas estaciones. Tiene bosques, repletos de todo género de animales salvajes, y claros ricos en hierba con que alimentar el ganado, y flores de muchos colores que reparten su miel entre las abejas que acuden a libar en ellas. Prados posee también en lugares amenos, verdeantes al pie de las altas montañas, donde brillantes manantiales, fluyendo en nítidas corrientes con un murmullo suave, arrullan e inducen al sueño a cuantos yacen en sus riberas. Está regada, además, por lagos y riachuelos abundantes en peces y, sin contar el estrecho brazo de mar de la costa meridional por el que se navega a las Galias, por tres nobles ríos, el Támesis, el Severn y el Humber, a los que extiende como si fueran brazos para recibir el comercio de ultramar, traído hasta aquí en naves propias y desde todas las naciones. Dos veces diez ciudades, y dos veces cuatro, fueron la gala de Britania antaño; de ellas algunas, con las murallas destrozadas y en lugares abandonados, presentan hoy un desolado aspecto; otras, en cambio, se han conservado intactas y muestran todavía hoy las iglesias dedicadas a santos con sus torres, bellísimas y airosas allá en lo alto, donde congregaciones de religiosos; varones y mujeres, prestan servicio a Dios según la tradición cristiana. Finalmente, la habitan cinco pueblos, a saber, los Normandos, los Britanos, los Sajones, los Pictos y los

3. Irlanda.

Escotos. De ellos fueron los Britanos quienes, antes que los demás, la poblaron de mar a mar, hasta que, debido a su orgullo, la venganza divina los alcanzó y hubieron de someterse a Pictos y Sajones. Queda ahora por explicar de dónde vinieron y de qué manera llegaron a nuestras costas, lo que será objeto de los siguientes párrafos.

II

HISTORIA DE BRUTO⁴

6. Después de la guerra de Troya, Eneas, huyendo de la destrucción de la ciudad, llegó por mar a Italia en compañía de su hijo Ascanio. Allí fue recibido con todos los honores por el rey Latino, lo que hizo que Turno, rey de los Rútulos, lo mirase con malos ojos y le declarara la guerra. Fue Eneas quien llevó la mejor parte en la lucha y, una vez muerto Turno, obtuvo el reino de Italia y a Lavinia, la hija de Latino. Después, cuando le llegó la última hora, Ascanio, ahora rey en lugar de su padre, fundó la ciudad de Alba sobre el Tíber y engendró un hijo, cuyo nombre era Silvio. Éste, entregándose a un amor furtivo, se casó en secreto con cierta nieta de Lavinia y la dejó encinta; cuando esto llegó a conocimiento de su padre Ascanio, ordenó a los magos de la corte que averiguaran si la joven daría a luz un niño o una niña. Los magos llegaron, por medio de su arte, a la irrevocable conclusión de que sería un varón y de que éste mataría a su padre y a su madre, sufriría el destierro y, después de haber viajado por muchos países, llegaría a obtener los más altos honores. Y no se equivocaron en su vaticinio, pues, cuando llegó el día del parto, la mujer dio a luz un varón y murió. El niño fue confiado a una nodriza y se le puso el nombre de Bruto. Tres veces cinco años después, acompañando el joven a su padre en una jornada de caza, lo mató accidentalmente con una flecha, pues, mientras los monteros hacían salir a los ciervos al encuentro de los cazadores, Bruto, queriendo herir a las bestias, erró la trayectoria de su dardo y alcanzó a su padre en el pecho.
7. Muerto éste, Bruto fue expulsado de Italia, indignados sus parientes con él por haber cometido un crimen

4. Geoffrey debe a la *Historia Britonum* atribuida a Nenio la idea embrionaria de la historia de Bruto, fundador del reino de Britania.

tan grande. En su destierro, llegó a Grecia y encontró allí a los descendientes de Héleno⁵, hijo de Príamo, que en aquel entonces estaban sometidos al poder de Pandraso, rey de los Griegos. Pirro, en efecto, el hijo de Aquiles, después de la caída de Troya, se había llevado consigo encadenados al antedicho Héleno y a muchos otros, y, para vengar en ellos la muerte de su padre, había dispuesto que se los mantuviera en esclavitud. Cuando Bruto conoció que aquélla era la estirpe de sus mayores, decidió quedarse con ellos. Pronto comenzó a destacar por su destreza con las armas y por su honestidad, tanto que príncipes y reyes lo distinguían más a él con su afecto que a los demás jóvenes de su raza. Pues era entre todos los sabios, sabio, y entre los valientes, valiente; y todo el oro, plata y despojos que ganaba los distribuía entre sus soldados. Su fama fue, así, publicada por todas las naciones, y los Troyanos comenzaron a acudir a su lado, rogándole que fuese su caudillo y que los liberase de la esclavitud de los Griegos: declaraban que aquello podía hacerse sin dificultad, ya que se habían multiplicado tanto en aquel país que habían alcanzado el número de siete mil, sin contar niños ni mujeres. Había, además, en Grecia un cierto joven de alto linaje, Asáraco de nombre, que favorecía su causa: nacido de madre troyana, tenía depositada en ellos la absoluta confianza de que, con su ayuda, podría resistir el hostigamiento de los Griegos. En efecto, su hermano disputaba con él por motivo de tres castillos que su padre al morir le había legado, e intentaba quitárselos, alegando que había nacido de una concubina. El hermano era Griego por parte de padre y de madre, y había captado al rey y al resto de los Griegos como valedores de su causa. Cuando vio Bruto la multitud de hombres armados y los castillos que Asáraco ponía a su disposición, se reafirmó en sus pretensiones de independencia.

8. Elevado a la dignidad de caudillo, convoca a los Troyanos de todas las regiones de Grecia y fortifica los

5. La idea del encuentro de Bruto con los descendientes de Héleno en Grecia la tomó Geoffrey de la *Eneida* de Virgilio, fuente de inspiración de otros muchos pasajes de la *Historia regum Britanniae*.

castillos de Asáraco. Él, Asáraco y toda la multitud de hombres y mujeres que estaban a su lado ocupan bosques y colinas. Después envía cartas al rey en estos términos:

«A Pandraso, rey de los Griegos, Bruto, caudillo de los últimos Troyanos, salud.

Como era indigno que un pueblo nacido del preclaro linaje de Dárdano fuese tratado en tu reino de un modo tan diferente de lo que el brillo de su nobleza exigiría, se ha retirado a las profundidades de los bosques. Pues prefiere vivir a la manera de las bestias salvajes, a saber, de carne y de hierbas, pero en libertad, que permanecer un solo instante más, disfrutando de todos los deleites, bajo el yugo de tu dominio. Y si esto ofende a la grandeza de tu poder, no debes reprochárselo, sino ser indulgente con él, pues es deseo común de todo cautivo recuperar su antigua dignidad. Por ello, ten piedad de mi pueblo, dignate devolverle su libertad perdida y permítele habitar en esos bosques que ha ocupado huyendo de la esclavitud. O, si no, concédeles que puedan irse, con tu ayuda, a otras tierras y otras naciones.»

Por su parte, Pandraso, una vez conocido el contenido de la carta, se admiró sobremanera de que los mismos que habían sido sus esclavos tuviesen la osadía de dirigirse a él en tales términos. Así, pues, convocada una asamblea de sus nobles, decidió reunir un ejército y marchar contra los rebeldes. Pero mientras buscaba las soledades donde creía que ellos estaban, junto a la fortaleza de Esparatino, surgió Bruto con tres mil hombres y lo atacó de improviso, cuando menos lo esperaba. Enterado de la llegada de sus enemigos, el caudillo troyano se había encerrado en la mencionada fortaleza la noche anterior, con vistas a caer repentinamente sobre ellos cuando estuvieran desarmados y en desorden. Brava es la acometida de los Troyanos: se esfuerzan en difundir el estrago por doquier. Por su parte, los Griegos huyen desconcertados en todas direcciones y, con su rey al frente, se apresuran a atravesar el río Akalón, que cerca fluía. Pero, al intentar vadearlo, se ponen en grave peligro bajo los remolinos de la corriente. Bruto da alcance a los que así tratan de huir, y abate con su espada a aquellos a los

que ha dado alcance, ya en las aguas del río, ya en las riberas, y, corriendo de un lado a otro, se alegra de infligirles doble matanza. Cuando Antígono, hermano de Pandraso, se apercibió de esto, sobremanera se afligió; llamó a las filas a sus dispersos compañeros y, con veloz ataque, se volvió contra los furiosos Troyanos: prefería morir luchando a persistir en cobarde fuga y ahogarse en los turbios abismos. Así, pues, avanzando en compacta formación, exhorta a sus compañeros a combatir varonilmente y, con todas sus fuerzas, dispara los mortíferos dardos. Pero de poco o nada le sirvió, pues los Troyanos se hallaban provistos de armas, mientras que ellos estaban inermes. De modo que, marchando en su contra resueltamente, hicieron una lamentable carnicería en sus filas y no cesaron de acosarlos hasta que, muertos casi todos, capturaron a Antígono y a su compañero Anacleto.

10. Bruto, obtenida esta victoria, dejó una guarnición de seiscientos soldados en la fortaleza y se dirigió a las profundidades de los bosques, donde el pueblo troyano esperaba su protección. Por su parte, Pandraso, preocupado por su propia huida y por la captura de su hermano, empleó aquella noche en reunir su disperso ejército y, al despuntar el siguiente día, marchó a sitiar con su gente la fortaleza. Pensaba que Bruto se había encerrado en ella con Antígono y los restantes prisioneros. Así que llegó, pues, ante las murallas y examinó la situación del castillo, distribuyó su ejército en grupos y los dispuso en distintos lugares alrededor de su objetivo, ordenando a unos que impidieran la salida a los sitiados, a otros que desviasen el cauce de los ríos, a otros que derribasen las murallas a fuerza de dar golpes con los arietes y otras máquinas de guerra. Todos obedecieron sus órdenes, aplicándose a la tarea con la máxima diligencia y con las miras puestas en dañar lo más posible a los asediados. Al caer la noche, eligieron a los más esforzados de entre ellos para que, mientras los demás, agotados por el trabajo, se entregaban al descanso del sueño, protegiesen el campamento y las tiendas de un ataque furtivo del enemigo.
11. Los sitiados, por su parte, de pie en lo alto de los muros, se emplean con todas sus fuerzas en rechazar las industrias del enemigo con industrias contrarias y, lan-

zando ya dardos, ya sulfúreas antorchas, se ocupan unánimemente en defenderse. Cuando los enemigos, formada la tortuga, socavaban el muro, los obligaban a retroceder con fuego griego y una lluvia de hirvientes aguas. Finalmente, agobiados por la escasez de vituallas y por el cotidiano trabajo, enviaron un mensajero a Bruto, instándolo a que viniese cuanto antes en su ayuda, pues temían que, reducidos por la debilidad, se vieran obligados a abandonar la fortaleza. Bruto, por su parte, estaba deseoso de prestarles auxilio, pero se debatía en tormentos interiores, pues no tenía suficientes soldados como para presentar batalla al enemigo en campo abierto. Al punto, adoptando una feliz estratagema, resuelve entrar de noche en el campamento griego y, burlados los centinelas, dar muerte a cuantos estuviesen dormidos. Como veía que esto no podía llevarse a cabo sin la aquiescencia y cooperación de uno de los propios Griegos, llamó a su presencia a Anacleto, el compañero de Antígono, y, desenvainando la espada, le habló de esta manera:

«Ilustre joven, ha llegado para ti y para Antígono la última hora, si no convienes en ejecutar fielmente lo que voy a ordenarte, en cumplimiento de mi voluntad. Me propongo entrar esta noche en el campamento de los Griegos e infligirles inesperada matanza, pero temo que sus vigías, descubierto el ardid, estorben mi empresa. Por ello, viendo que, ante todo, debemos dirigir nuestras armas contra los centinelas, desearía yo engañarlos con tu ayuda y, de ese modo, tener acceso libre para atacar a los demás. Así que tú, obrando astutamente, como corresponde a un asunto de tanta importancia, te dirigirás a la guardia a la segunda hora de la noche y, apaciguando las sospechas de todos con engañosas palabras, dirás que huiste con Antígono de mis prisiones hasta llegar a los linderos del bosque, y que allí quedó él, escondido en los arbustos, incapaz de seguir a causa de los grilletes con que tú fingirás que se hallaba trabado. Después los llevarás a las lindes del bosque, como si fuesen a liberarlo, y allí estaré yo con gente armada, dispuesto a terminar con ellos.»

12. Anacleto, aterrorizado de continuo ante la visión de la espada que, mientras estas palabras fueron dichas, lo

amenazaba de muerte, prometió bajo juramento que llevaría a cabo lo que se le exigía, con tal que se les concediese a él y a Antígono la merced de la vida. Confirmado el pacto, se echaba encima ya la segunda hora de la noche cuando se puso en camino hacia la guardia, tal y como le había sido ordenado. Al llegar cerca del campamento, le salen al encuentro por todas partes los centinelas, que vigilaban hasta los más recónditos lugares, y le preguntan el motivo de su llegada y si había venido con la intención de traicionar al ejército. Fingiendo una gran alegría, Anacleto les respondió:

«No vengo a traicionar a mi propio pueblo. He logrado escapar de la prisión de los Troyanos y llegar hasta vosotros. Os pido que vengáis conmigo en busca de vuestro querido Antígono, a quien libré del poder de Bruto. Pues a él, estorbado por el peso de los grilletes, le ordené hace muy poco mantenerse escondido entre los arbustos, en las lindes del bosque, hasta que yo encontrase a alguien a quien pudiera conducir allí para liberarlo.»

Dudando ellos si decía o no la verdad, se acercó un centinela que lo conocía y, después de saludarlo, comunicó a sus compañeros quién era. Sin vacilar ya más, llamaron a los ausentes para que acudieran cuanto antes y lo siguieron hasta la floresta en la que había dicho que Antígono se encontraba escondido. Mientras avanzaban por entre los arbustos, surgió ante ellos Bruto con sus gentes armadas y, atacándolos, sembró muy pronto crudelísima muerte entre los aterrados centinelas. Después se dirigió al campamento de los sitiadores, dividiendo a sus guerreros en tres columnas y ordenando que cada una se aproximara al campamento por un punto diferente, con prudencia y sin ruido, y que, una vez dentro, se abstuvieran de matar a nadie hasta que él mismo, habiéndose apoderado de la tienda del rey con los hombres de su escolta, les diera la señal haciendo sonar su cuerno.

13

Les enseñó, además, cómo hacer lo que tenía que hacerse. Al punto, ellos se dirigen silenciosamente al campamento y, cumpliendo las órdenes, esperan la señal prometida. No tardó Bruto en dársela, tan pronto como hubo llegado ante la tienda de Pandraso, el lugar que tanto deseaba conquistar. Oída la señal, los Troyanos des-

envainan rápidamente las espadas, se precipitan en los lechos de los soñolientos enemigos, redoblan sus golpes mortales y, de esta guisa, sin piedad alguna, pasean por el campamento. A los gemidos de los moribundos despiertan los demás, y, a la vista de los degolladores, se quedan estupefactos, como ovejas atacadas de improviso por lobos. No esperan encontrar ninguna protección, viendo que no tienen el tiempo necesario para tomar las armas ni para iniciar la fuga, y corren sin armas de un lado a otro entre hombres armados, con su solo impulso por guía, cayendo sin cesar ante los golpes de los enemigos. El que medio muerto escapaba, fruto del ansia loca de su carrera, se ha ido a estrellar contra las rocas, se ha enredado entre los arbustos y ha entregado su alma desdichada al mismo tiempo que su sangre; el que, defendido sólo por su escudo u otra protección semejante, huía velozmente a través de la oscura noche, ha chocado contra las rocas, llevado de su propio miedo a la muerte, y, al caer, se han quebrado sus brazos o sus piernas; y aquel que no ha sufrido estos percances, sin saber hacia dónde huir, ha terminado por ahogarse en las aguas vecinas. Prácticamente nadie conseguía salir ileso, sin exponerse al riesgo de alguna desgracia. Además, los defensores de la fortaleza, cuando se apercibieron de la llegada de sus camaradas, efectuaron una salida, duplicando así la matanza.

14. Ahora Bruto ya ha conquistado la tienda de campaña regia, y, apoderándose de Pandraso, lo retiene cautivo, pues piensa que, con vida, le será más útil el rey para dar cima a sus propósitos. Pero la tropa que iba con él siguió sembrando muerte hasta el punto de que, en la parte del campamento que habían ocupado, la mortandad se convirtió en auténtico exterminio. Cuando hubieron gastado así la noche, y la luz de la aurora hizo patente el estrago infligido a los Griegos, Bruto, exultante de alegría, permitió a sus guerreros repartirse a capricho los despojos de la matanza. Después entró en la fortaleza con el rey, y allí esperó hasta que se distribuyeron los tesoros. Una vez repartidos, fortificó de nuevo el castillo y ordenó dar sepultura a los cadáveres. Reuniendo luego a sus huestes, volvió a los bosques, lleno de júbilo por su victoria. Las buenas nuevas colmaban de gozo los corazo-

nes de todos. Fue entonces cuando el bravo caudillo convocó a los ancianos, con la intención de que decidieran qué debía pedirse a Pandraso, pues, como estaba en su poder, tendría que acceder a cualquier género de petición si es que quería recuperar la libertad. Unos ancianos proponían una cosa y otros, otra, de acuerdo con sus inclinaciones. Hay quien lo exhorta a pedir parte del reino y quedarse a vivir allí; otros prefieren que se exija al rey la licencia y los medios necesarios para abandonar el país. Como pasara el tiempo y todavía dudasen, uno de ellos —Mempricio era su nombre— se puso en pie, pidió silencio y dijo a los demás, que lo escuchaban:

«Cómo es que vaciláis, padres, ante lo que, según mi opinión, es más oportuno para vuestro bienestar? Una sola cosa debe pedirse, y es la licencia para partir, si deseáis lograr, vosotros y vuestros descendientes, una paz eterna. Pues si le concedéis la vida a Pandraso a cambio de una parte de Grecia y permanecéis entre los Dánaos, nunca disfrutaréis de una paz duradera mientras los hermanos, hijos y nietos de aquellos a los que infligisteis la matanza de ayer sean vuestros vecinos o anden mezclados con vosotros. No llegarán nunca a olvidar la muerte de sus parientes y, en consecuencia, os guardarán un odio eterno, aprovechando cualquier bagatela para tomar venganza; y vosotros, estando en inferioridad numérica, no tendríais la fuerza necesaria para resistir los ataques de tantos naturales de esta tierra, ya que en cualquier disputa que surja entre ambos bandos aumentará diariamente el número de ellos, mientras que el vuestro disminuirá. Así, pues, os propongo que pidáis al rey la mano de su hija primogénita, la que llaman Inogen para nuestro caudillo, y, con ella, oro y plata, naves y víveres, y todo lo necesario para abandonar este país. En cuanto obtengamos de él lo que pedimos, sólo nos quedará dirigirnos con su licencia hacia otras tierras.»

15. Con estas y parecidas razones dio fin a su discurso. La asamblea, unánimemente, fue de este parecer: decidió que Pandraso fuese conducido a su presencia y que, si no accedía a su petición, sufriera la más cruel de las muertes. Traen al rey sin tardanza y lo colocan en un asiento más elevado que los demás. Desde allí puede oír

los tormentos que le aguardan si rehúsa aceptar el trato, y responde así a los Troyanos:

«Ya que los dioses me son adversos e hicieron caer a mi hermano Antígono en vuestras manos, me someteré a vuestro dictado, porque, si me negase, perdería la vida, que podéis concederme o quitarme a voluntad. Pues nada hay, en mi opinión, más excelente y agradable que la vida, y no es maravilla que esté dispuesto a rescatarla a cambio de otros bienes. Por ello obedeceré vuestras órdenes, aunque mal de mi grado. Sin embargo, me queda un consuelo, y es que voy a entregar a mi hija a un joven de tan gran valor, a quien la nobleza que echa brotes en él, así como la fama que entre nosotros ha adquirido, lo revelan como ilustre retoño del linaje de Príamo y de Anquises. ¿Quién sino él ha liberado a los desterrados de Troya, esclavos de tantos y tan poderosos príncipes, de sus cadenas? ¿Quién sino él ha osado hacer frente con ellos a los Griegos, desafiando con tan pocas tropas tan poderosa hueste de hombres armados, y en el primer combate ha conseguido hacer prisionero a su rey? A este joven tan noble y de tanto valor que me ha hecho frente le concedo gustoso a mi hija Ínogen, y también le doy oro, plata, naves, trigo, vino y aceite, y todo aquello que juzguéis necesario para el viaje. Y si, alejándoos de vuestro actual designio, decidierais permanecer junto a los Griegos, os otorgo la tercera parte de mi reino para que la habitéis. Pero si persistís en vuestro propósito, llevaré a efecto mis promesas y, para mayor seguridad vuestra, seguiré con vosotros como rehén hasta que hayáis obtenido todo lo que pedís.»

Confirmado el acuerdo, se despacharon mensajeros a todas las costas de Grecia para reunir naves. Juntaron trescientas catorce, debidamente equipadas con todo género de provisiones. La hija de Pandraso se casó con Bruto. Cada uno, conforme a lo que su rango exigía, fue obsequiado con oro y plata. Cumplida su palabra, el rey es liberado, y los Troyanos parten de sus dominios con vientos favorables. En cuanto a Ínogen, de pie en la alta popa de su nave, desfallecía una y otra vez en los brazos de Bruto y, con suspiros y con lágrimas, lamentaba alejarse de su patria y de sus parientes, sin atreverse a diri-

gir sus ojos a la costa mientras ésta estuvo visible. Bruto la consolaba con caricias, prodigándole tiernos abrazos y dulces besos; y no cesó en su intento de confortarla hasta que vio cómo su esposa, fatigada por tanto llanto, se entregaba por fin al sueño.

16. Mientras tanto, han navegado ya dos días y una noche con viento favorable y han arribado a cierta isla, llamada *Leogecia*, que, devastada antiguamente por correrías de piratas, permanecía ahora deshabitada. Bruto envía trescientos guerreros a explorarla. Éstos, al no encontrar a nadie, se dedican a cazar animales diversos en praderas y bosques, y llegan a una ciudad desierta, donde encuentran un templo de Diana. En él, una imagen de la diosa dictaba oráculos a todo aquel devoto que venía a consultarla. Cargados con la caza cobrada, regresan a las naves e indican a sus compañeros la naturaleza de la isla y la situación de la ciudad, sugiriendo a su caudillo que visite el santuario y que, después de hacer las ofrendas propiciatorias, pregunte a la deidad del lugar en qué país encontrarían residencia favorable. Todos aprueban la sugerencia, y Bruto, acompañado de Gerión⁶ el augur y de doce de los ancianos, se dirige al templo con todo lo necesario para llevar a cabo el sacrificio. Una vez allí, con las sienas ceñidas de guirnaldas, erigieron, de acuerdo con el rito inmemorial, tres hogueras a la entrada del templo, dedicadas a Júpiter, Mercurio y, por supuesto, a Diana, y derramaron en cada una de ellas libaciones especiales. Después, delante del altar de la diosa, el propio Bruto, asiendo con su mano diestra una vasija llena de vino sacrificial y de la sangre de una cierva blanca, vuelto el rostro a la imagen de la deidad, rompió el silencio con estas palabras:

*Poderosa diosa de los bosques, terror de los silvestres jabalíes,
tú que puedes seguir los cursos de los astros y recorrer*

6. Quizá el nombre se lo haya sugerido a Geoffrey el de la isla de Giaros, vecina de Delos, que Virgilio menciona (*Eneida* III 76) en su relato de la consulta de los oráculos apolinos por Eneas, episodio que sirvió a éste de modelo.

*las mansiones infernales, revélanos nuestro destino terrestre
y dinos en qué tierras deseas que habitemos;
indícanos la residencia cierta donde te adoraré eternamente
y consagraré en tu honor templos con coros virginales.*

Nueve veces lo dijo, dio cuatro vueltas alrededor del ara, derramó el vino de la vasija en la hoguera y, ofreciéndose al sueño, se acostó sobre una piel de cierva que había extendido sobre el altar y se quedó profundamente dormido. Era entonces, aproximadamente, la hora tercia de la noche, aquella en que el sopor más dulce se apodera de los mortales. Le pareció en sueños que la diosa se encontraba delante de él y que le hablaba de este modo:

*Bruto, en el occidente, más allá de los reinos de Galia,
hay una isla en el Océano, rodeada de mar por todas partes;
esa isla en el Océano fue habitada otro tiempo por gigantes,
y ahora está desierta, esperando a tu pueblo.
Búscala, pues será vuestra residencia perenne.
Allí tus hijos construirán una segunda Troya;
allí nacerán reyes de tu sangre, y a ellos
se someterán todas las naciones del universo.*

Al despertar de semejante visión, el caudillo dudaba si había sido un sueño lo que vio, o si era cierto que la propia diosa le había dado a conocer el país adonde debía dirigirse. Convocó a sus compañeros y les refirió con detalle cuanto había sucedido mientras dormía.

17. Ellos, exultantes de alegría, lo exhortan a volver a las naves. Mientras el viento sea favorable, piensan navegar rumbo a occidente lo más rápidamente que puedan, en busca de la tierra que la diosa les ha prometido. No se tardan: tornan junto a sus camaradas y se hacen a la mar. Surcan las olas por espacio de treinta días hasta alcanzar las costas de África, sin saber todavía hacia dónde

encaminar sus proas. Llegan después a los Altares de los Filisteos⁷ y al Lago de las Salinas, y navegan entre Rusicada y los montes Azaras, donde un ataque de piratas los coloca en un grave aprieto. Pero obtienen la victoria y siguen su camino, enriquecidos con los despojos y el botín cobrados al enemigo. Desde allí, atravesando las bocas del río Malva, arribaron a Mauritania, donde la escasez de alimento y de bebida los obligó a desembarcar y a dividirse en partidas para saquear concienzudamente la comarca. Otra vez bien provistas las naves, ponen rumbo a las Columnas de Hércules, donde tienen ocasión de ver a esos monstruos llamados Sirenas, que, cercando la flota, están a punto de mandarla a pique. Lograron escapar, sin embargo, y llegaron al mar Tirreno; allí, junto a la costa, encontraron a cuatro generaciones de los fugitivos troyanos que habían acompañado a Antenor en su huida⁸. Su caudillo era un tal Corineo⁹, un hombre honrado, noble y prudente, dotado de una fuerza tal que cuando luchaba con un gigante, lo vencía en un abrir y cerrar de ojos, como si fuese un niño su adversario. Una vez conocido el antiguo linaje del que procedía, lo admitieron cordialmente consigo, así como al pueblo del que era jefe, que en lo sucesivo se llamaría Cornubiense¹⁰, del nombre de su capitán, y estaba destinado a prestar más ayuda a Bruto en combate que cualquier otro pueblo del mundo. Juntos, ambos caudillos se dirigieron a Aquitania y, llegados a la desembocadura del Loira, fijaron anclas. Allí se detuvieron siete días, explorando la situación de aquel reino.

7. Geoffrey escribe *Arae Philistinorum* (como la *Historia Britonum*) en vez de *Arae Philaenorum*, un lugar de la costa norteafricana.

8. Las cuatro generaciones corresponden, en efecto, a las de Eneas, Ascanio, Silvio y Bruto. A Antenor los textos antiguos no lo sitúan en la Península Ibérica, sino en el golfo Adriático, como mítico fundador de Venecia (y la tradición literaria también; recuérdese, si no, la novela *Antenor*, de Pedro Montengón, Madrid, 1788, dos volúmenes).

9. El nombre corresponde al de dos personajes virgilianos (*Eneida* VI 228 y IX 571; *Eneida* XII 298).

10. Los Britanos de Cornualles o Cornubia, por quienes tanto se interesa Geoffrey en su *Historia*.

18. Era rey de Aquitania entonces Gofario ¹¹ el Picto. Habiendo oído el rumor de que un pueblo extranjero, con una gran escuadra, había desembarcado en sus dominios, se apresuró a enviar legados para que se informasen de si era paz o guerra lo que esos hombres venían buscando. Se encaminaban los mensajeros hacia la flota cuando se toparon con Corineo, que había salido con doscientos hombres a cazar en la floresta. Dirigiéndosele al instante, le pregunta quién le ha dado licencia para entrar en los bosques del rey y dar muerte a sus ciervos, pues desde antiguo está establecido que nadie puede cazar allí sin autorización real ¹². Corineo responde con altivez que no tiene necesidad de pedirle permiso a nadie, y entonces uno de ellos, llamado Imberto, tensa su curvo arco y le dispara una flecha al Troyano. Este la esquivo, corre contra Imberto lo más rápidamente que puede y le rompe el arco en la cabeza, quebrándola en pedazos.

Huyeron los demás, librándose por poco de las manos de Corineo, y anunciaron la muerte de su compañero a Gofario. Mucho le entristeció al monarca de los Pictavenses ¹³ la noticia, y reunió al instante un poderoso ejército para vengar en los invasores la muerte de su mensajero. Bruto, al oír las nuevas de su llegada, fortifica las naves, ordenando permanecer a bordo a mujeres y niños, en tanto que él, con toda la flor de su ejército, se dirige al encuentro del enemigo. Comienza la batalla: se combate ferozmente por ambos bandos, y ya han gastado gran parte del día en la mutua matanza cuando Corineo se siente avergonzado al ver cómo los Aquitanos resisten tan valientemente y los Troyanos no son capaces de insistir hasta la victoria. A consecuencia de esto, con redoblados ímpetus, llama a los suyos a la parte derecha del combate, y, en orden de batalla, ataca velozmente por allí al enemigo; y cuando, con sus hombres en for-

11. Geoffrey toma este nombre del del famoso héroe carolingio Gaiferos.

12. Geoffrey está pensando en la Inglaterra de Enrique I al hablar de bosques reservados a las cacerías reales.

13. O Poitevinos, siendo Poitou sinónimo de Aquitania en la *Historia regum Britanniae*. También Gofario-Gaiferos es llamado «Picto», que equivale aquí a «Pictavense».

mación compacta, rompe las filas aquitanas, no deja de abatir enemigos hasta que, cortándoles la retirada con sus tropas, los obliga a emprender la huida. Corineo pierde la espada, pero el azar le proporciona un hacha de doble filo con la que parte en dos a todo aquel que alcanza, desde el extremo de la cabeza hasta el del pie. Bruto se maravilla; sus camaradas se maravillan, e incluso el enemigo se maravilla ante el esfuerzo y el valor del hombre que, blandiendo su hacha por entre las cohortes fugitivas, siembra el terror, y aún más con estas palabras:

«¿Adónde huís, cobardes? ¿Adónde huís, gallinas? ¡Volved, volved y medid vuestras fuerzas con las de Corineo! ¡Qué vergüenza! ¿Sois tantos miles y dé mí solo huís? ¡Pero os queda un consuelo en vuestra huida, y es saber que soy yo quien os persigue, yo, que tantas veces he puesto en fuga a los gigantes tirrenos y los he arrojado en el Tártaro, de tres en tres y de cuatro en cuatro!»

A estas palabras, un barón aquitano, llamado Suhardo, vuelve sobre sus pasos con trescientos guerreros y lo ataca. Pero Corineo, al levantar el escudo para parar el golpe, no olvida el hacha que tiene en las manos y, alzándola por encima de la cabeza, descarga sobre el yelmo de su enemigo un golpe tal que, desde la cabeza a los pies, lo divide en dos partes iguales. Después, precipitándose sobre los demás y ejecutando un terrible molinete, lleva a término una encarnizadísima matanza; corriendo aquí y allá, evita recibir un solo golpe y no deja un instante de abatir enemigos: hace volar un brazo, separa unos hombros de un cuerpo, corta de un hachazo una cabeza, amputa de raíz unas piernas... Todos lo acometían a él solo y él solo a todos acometía. Bruto, que todo lo contempla, inflamado de amor hacia su amigo, corre con una compañía a socorrerlo. Arrecia entonces el griterío entre ambos contendientes; los golpes se redoblan; es espantosa la carnicería por una y otra parte. Pero no dura mucho. Los Troyanos obtienen la victoria y consiguen poner en fuga al rey Gofario y a sus Pictavenses.

19. Gofario ha tenido muchas dificultades para escapar, y ahora se pone a recorrer toda la Galia con el fin de obtener ayuda de sus parientes y conocidos. Había enton-

ces en Galia doce reyes bajo cuyo dominio se encontraba todo el país, y eran los doce de igual rango ¹⁴. Lo recibieron gentilmente y le prometieron, unánimes, que expulsarían fuera de las fronteras de Aquitania a aquel pueblo extranjero que allí había arribado. Bruto, entretanto, feliz con la victoria ya descrita, enriquece a sus camaradas con los despojos de los muertos, vuelve a agruparlos en compañías y conduce a su hueste al interior, con la intención de saquear por entero el país y de llenar sus naves con las riquezas obtenidas. Así, fuego tras fuego, incendia las ciudades a su paso, apoderándose de los tesoros que contienen; tala los campos; somete a ciudadanos y campesinos a una lastimosa matanza, con voluntad de exterminar al desdichado pueblo hasta el último hombre; y, luego de sembrar la muerte a lo ancho y largo de Aquitania, llega al lugar donde hoy se encuentra la ciudad de Tours, que, como Homero ¹⁵ atestigua, fundaría él mismo después. Vio que el paraje era ideal como refugio y levantó allí su campamento: si fuere menester, resistirían dentro del mismo. El motivo de su recelo no era otro que la llegada de Gofario, quien, con los reyes y los príncipes de la Galia e inmensa muchedumbre de guerreros, estaba ya muy cerca de allí con ánimo de presentarle batalla. Terminadas las obras de fortificación del campamento, esperó dos días a Gofario, confiando en su propia prudencia y en el coraje de los jóvenes que acaudillaba.

Cuando Gofario supo dónde se hallaban los Troyanos, no cesó de avanzar día y noche hasta que tuvo ante la vista el campamento de Bruto. Torvamente lo mira, sonriendo entre dientes, y escupe estas palabras:

«¡Ay! ¡Destino cruel! ¡Esos innobles fugitivos han levantado su campamento en mis dominios! ¡A las armas, guerreros, a las armas, y dirigíos, en formación compacta, contra ellos! ¡No habrá descanso hasta que capturemos a ese rebaño de castrados como si fuesen ovejas y los vendamos como esclavos a lo largo de nuestros reinos!»

14. Reminiscencia carolingia: Geoffrey se halla influido por el recuerdo de los Doce Pares de Carlomagno.

15. Homero, como es lógico, nada dice al respecto.

Sin dilación tomaron las armas todos cuantos lo acompañaban y, formados en doce columnas, se dirigieron contra el campamento. Frente a ellos, Bruto, alineadas sus tropas, no se comporta como una mujer: enseña con prudencia a sus hombres lo que tienen que hacer, cómo avanzar y cómo resistir al enemigo. Comienza la batalla y, en un principio, son los Troyanos quienes llevan las de ganar, realizando feroz matanza entre sus adversarios. Cerca de dos mil enemigos han caído ya para siempre, y los demás buscan la fuga, aterrorizados. Pero al bando que tiene de su parte mayor número de soldados le suele sonreír la victoria; y los Galos, tres veces más numerosos, aunque arrollados al principio, se rehacen después y atacan por todas partes a los Troyanos, sembrando el estrago en sus filas y obligándolos a buscar refugio en su campamento. La victoria cambia de dueño, y Bruto está ahora sitiado. Sus enemigos no piensan alejarse de allí antes de verlo a él y a sus hombres ofreciendo el cuello a las cadenas, o antes de que los látigos del hambre les den cruel y prolongada muerte. Esa noche, Corineo celebra consejo con Bruto, y propone realizar de inmediato una salida nocturna por ciertos caminos secretos y permanecer escondido en el bosque cercano hasta el alba; al amanecer, Bruto surgiría desde el campamento, presentando batalla al enemigo, y él mismo con su gente atacaría a la retaguardia gala y cargaría sobre ellos, pasándolos a cuchillo. Pareció bien a Bruto el plan de Corineo, quien, como había propuesto, salió cautelosamente con tres mil hombres y fue a ocultarse en las profundidades del bosque. Al despuntar el día, dispuso Bruto a sus hombres en orden de batalla y, abriendo las puertas del campamento, salió con ánimo de luchar. Por su parte, los Galos acuden a la cita y, en línea de combate, sólo piensan en pelear. Muchos miles de hombres caen a tierra por ambos bandos; muchas son las heridas que unos y otros dan y reciben, pues nadie ahorra un golpe a su adversario. Entre los Troyanos había uno, llamado Turno, sobrino de Bruto, a quien nadie excedía en valor y en arrojo, si exceptuamos a Corineo; él solo, con sola su espada, dio muerte a seiscientos enemigos; pero un ataque repentino de los Galos le ha quita-

do la vida antes de tiempo; la antedicha ciudad de Tours tomaría su nombre del suyo, pues allí sería enterrado. Y cuando ambos ejércitos se encuentran en la fase más dura de la batalla, he aquí que Corineo sobreviene de improviso y carga velozmente sobre la retaguardia del enemigo. Los que habían salido del campamento cobran al punto nuevos ánimos e insisten con mayor brío en sus embestidas para completar la matanza. Por su parte, los Galos se encuentran aterrados al mero griterío de los hombres de Corineo que han vulnerado su retaguardia y, pensando que sus rivales son superiores en número, abandonan el campo a toda prisa. Los Troyanos les pisan los talones, acuchillándolos en su huida, y no cesan en su tarea destructora hasta obtener un triunfo rotundo. ¿Y Bruto? Aunque tan gran victoria le produce una inmensa alegría, está intranquilo y preocupado, pues el número de los suyos disminuye a diario, mientras que el de los Galos crece sin cesar. Así que, viendo que es dudoso el resultado de la guerra si se prolonga indefinidamente, decide retirarse a sus naves entonces, cuando aún están sanos y salvos la mayor parte de sus compañeros y todavía fresca la gloria de su triunfo, y navegar en busca de la isla anunciada por el oráculo divino. Regresa, pues, sin tardanza a la flota, con el consentimiento de sus hombres, y, después de llenar las naves con todas las riquezas que ha adquirido en su reciente campaña, sube a bordo y piensa en partir. Soplan favorables los vientos en su navegación hacia la isla prometida, adonde arriba al fin, desembarcando felizmente en Totnes.

21. La isla se llamaba entonces Albión, y nadie la habitaba, a excepción de unos pocos gigantes. La amenidad del lugar, unida a la abundancia de pesca en sus ríos y de caza en sus bosques, infundieron muy pronto en Bruto y en sus compañeros el deseo de habitarlo. Por ello, después de recorrer las distintas regiones del país, proceden a limpiarlo de gigantes, obligándolos a refugiarse en las cavernas de las montañas, y se reparten entre ellos la tierra a suertes, por donación de su caudillo. Comenzaron a cultivar los campos y a construir casas, de manera que en poco tiempo aquel país parecía haber sido habitado desde siempre. Finalmente, Bruto llamó Britania —de su

nombre— a la isla, y Britanos a sus compañeros, pues quería así que su nombre viviera eternamente. Más tarde, el idioma de su pueblo, que en otro tiempo se llamó troyano o griego oblicuo, fue llamado británico. En cuanto a Corineo, llamó a la parte del país que le cupo en suerte Corinea —también de su nombre—, y Corinenses a su gente, siguiendo el ejemplo de Bruto; tenía el privilegio de elegir provincia antes que los demás, y se decidió por la región que hoy se llama Cornubia¹⁶, ya sea por alteración del nombre primitivo, ya por ser, como es, geográficamente, el *cornu* o cuerno de Britania. A Corineo le encantaba pelear contra gigantes, y en su provincia había más de ellos que en ninguna otra de las que fueron repartidas entre sus camaradas. Había uno, especialmente odioso, llamado Goemagog¹⁷, de doce codos de estatura, que blandía una encina previamente arrancada de raíz como si fuese una rama de avellano. Un día, mientras Bruto celebraba una ceremonia en honor de los dioses en el puerto donde había desembarcado, llegó el gigante con veinte de los suyos e infligió cruel matanza a los Britanos. Éstos, sin embargo, acudiendo de todas partes, lograron vencerlos y mataron a todos, excepto a Goemagog, pues Bruto lo quería vivo para que midiera sus fuerzas en singular batalla con las de Corineo, a quien le complacía sobremanera competir con monstruos semejantes. Así que Corineo, exultante de gozo, se dispone a luchar y, arrojando las armas, se enfrenta a su adversario con las manos desnudas. Ya comienza el combate, y Corineo y el gigante se estrechan mutuamente el cuerpo con sus brazos de acero, haciendo resonar el aire con sus alientos entrecortados. Acto seguido, Goemagog, aprisionando a Corineo con todas sus fuerzas, le rompe tres costillas, dos del lado derecho y una del izquierdo. Furioso, Corineo recobra su vigor y, cargando al gigante sobre sus hombros, corre con toda la rapidez que le permite el peso que lleva encima hasta la orilla más cercana. Y allí, desde lo alto de una peña, se libera del fardo que llevaba sobre sus hombros, arrojando al mar al ho-

16. Cornualles o Cornwall.

17. Una mezcla de Gog y Magog, personajes del *Apocalipsis*.

rrendo monstruo, quien, cayendo por entre las afiladas rocas, se quiebra en mil pedazos y tiñe las ondas con su sangre. Desde entonces, a aquel lugar que presenci6 la caída del gigante se le llamó Salto de Goemagog, y con ese nombre es conocido todavía hoy.

Repartido su reino, pensó Bruto en construir una ciudad y, transmitiendo acción a su pensamiento, recorrió todo el país en busca del lugar idóneo para ello. Llegó en su recorrido al río Támesis, y deambuló por sus riberas hasta que halló el lugar que andaba buscando. Así, pues, fundó allí una ciudad, a la que llamó Nueva Troya. Con ese nombre fue conocida durante mucho tiempo, hasta que, por corrupción de la palabra, vino a llamarse Trinovanto¹⁸. Más tarde, cuando Lud, hermano de Casibelauno —el que combatió a Julio César—, obtuvo el gobernalle del reino, rodeó la ciudad de nobilísimas murallas, así como de torres construidas con admirable arte, y ordenó llamarla Kaerlud, esto es, Ciudad de Lud. Esta medida provocó una disputa entre él y su hermano Nenio, que tomó muy a mal que Lud quisiera abolir el nombre de Troya en su propio país. De esa disputa ha tratado ya con suficiente amplitud el historiador Gildas, y yo prefiero pasarla por alto, pues desmerecería mi rústica manera de expresarme ante la de un escritor tan grande, que ha narrado esa historia en un estilo tan elocuente. Pues bien, cuando el antedicho caudillo fundó la antedicha ciudad, se la concedió de derecho a los ciudadanos que iban a habitarla, y les dio leyes con que regir pacíficamente la convivencia.

Gobernaba entonces en Judea el sacerdote Helí, y el Arca de la Alianza se encontraba en poder de los Filisteos. Los hijos de Héctor reinaban en Troya, después de expulsar a los descendientes de Antenor. En Italia reinaba Silvio Eneas, hijo de Eneas y tío de Bruto, tercero de los reyes latinos¹⁹.

18. Londres.

19. Para los sincronismos Geoffrey se inspira en la *Crónica* de San Jerónimo.